

buen estado, un radio casi completo, una clavícula, un cúbito, ocho costillas, de las cuales tres incompletas, algunas vértebras, los huesos de la mano, una parte del cráneo.

La prueba pues, de que los restos transportados a la Habana no eran de ningún modo los de Cristóbal Colón, estaba completamente hecha. Se comprende verdaderamente que la República Dominicana se sienta a la vez feliz y orgullosa de haber conservado las reliquias de quien ha descubierto el Nuevo Mundo y abierto tan vasto campo a la civilización europea. Que no se olvide tampoco que este geógrafo, este ilustre explorador, calumniado por sus enemigos, ha mostrado un valor bien raro, cuando prefirió ser llevado a Europa encadenado, antes que tratar de disculparse de las calumnias lanzadas contra él.

Las cenizas fueron puestas en una urna y depositadas en el santuario de la iglesia de **Regina Angelorum**, al otro día mismo del descubrimiento. Ulteriormente, para honrar dignamente al grande hombre, se formó en Santo Domingo una Junta Nacional Colombina, que pudo disponer de 200.000 francos, para abrir un concurso entre arquitectos y escultores de todos los países, y hacer elevar, en el interior de la catedral de Santo Domingo, un magnífico monumento a Cristóbal Colón. Trece proyectos fueron examinados: siete enviados por autores italianos, tres por españoles y tres por franceses. El primer premio y la ejecución de la obra misma recompensaron a dos artistas españoles, Fernando Romeu, arquitecto, y Pedro Carbonell, escultor: los dos, profesores de la Escuela de bellas artes de Barcelona. El monumento que ellos concibieron y ejecutaron es verdaderamente grandioso; y sus menores detalles presentan un interés muy particular, un verdadero sentimiento del arte, además de la inspiración más feliz.

La fotografía dice más que todas las descripciones sobre el monumento y sus apariencias. Es tanto más interesante por lo mismo que, en los medios europeos, aún los más instruidos, es generalmente ignorado, no dándose cuenta la mayor parte de las gentes de que las reliquias de Cristóbal Colón han permanecido en Santo Domingo. Alrededor de todo el monumento hay heraldos simbolizando las diversas razas que pueblan América. Decoraciones de bronce ornamentan las cuatro tapas de la cámara sepulcral. Uno de los bajo-relieves representa el descubrimiento de los restos de

Colón en la catedral misma. Otros cuatro bajo-relieves figuran: Uno la famosa sesión del Consejo de Salamanca, en donde fué decidida la partida para América; otro, el descubrimiento de la isla Hispaniola; un tercero, el levantamiento del cacique Enriquillo, y en fin la llegada de Colón a Granada y su presentación a los reyes católicos. La catedral está abundantemente decorada; pero sin exceso, y con una real majestad. Los restos de Colón han permanecido en la urna en la cual fueron recojidos; ellos ocupan la parte central de la cámara sepulcral y están encerrados en un rico sarcófago de bronce; el estilo general adoptado es el gótico del siglo XV.

Gracias a una feliz confusión, las cenizas de Cristóbal Colón, como él lo había deseado, han quedado pues, en esta isla en que se puso en contacto con el Nuevo Mundo.

La Enfermedad del Dr. Federico Henríquez y Carvajal

El Prof. Dr. Federico Henríquez y Carvajal, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, el patriarca dominicano como dijera Juana de América y como le llamaba el notable filósofo Meyer, el Néstor de la vida cultural de la República, se encuentra recluido en sus habitaciones, convalesciente de un grave quebranto que hizo concebir serios temores de que su vida finalizara.

Con una bronconeumonía de ambos lados y un miocardio resentido de hace tiempo, el Maestro casi nonagenario, haciendo alarde de una estructuración biológica singular, ha logrado, contra todo pronóstico razonable, vencer de la muerte. Es que en él, el espíritu, intacto, dió la máxima contribución de su respuesta.

Don Federico, como le llama la adhesión respetuosa de discípulos y amigos, se reintegrará pronto a su trabajo generoso, de servir, como ejemplo vivo de honestidad personal y dignidad cívica; a las generaciones que no pueden oír ya, de su viva voz, su cátedra de amor a la ciencia, de amor a la verdad y de amor a la justicia.

Mientras tanto, de él seguirán cuidando, los médicos que contribuyeron a aliviar sus dolores y a sanar sus males; ellos son los Profesores Doctores Pedro E. de Marchena, Antonio E. Elmudesi y Viriato A. Fiallo.